



Capítulo 10

UNA VISIÓN BINOCULAR

PSICOANÁLISIS Y FILOSOFÍA



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Una visión binocular. Psicoanálisis y filosofía

Bárbara Bettocchi y Raúl Fatule
(editores)

© Bárbara Bettocchi y Raúl Fatule, 2014

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: setiembre de 2014

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 978-612-317-023-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-12321

Registro del Proyecto Editorial: 31501361400772

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

ALGUNOS CONCEPTOS DE LUDWIG WITTGENSTEIN APLICABLES AL PSICOANÁLISIS

Carlos A. Crisanto

Ludwig Wittgenstein ha sido considerado, sin ninguna duda, como uno de los más grandes filósofos de nuestra era. Fue un pensador apasionado, de una personalidad simple, pero intensa y muy honesta —sobre todo consigo mismo—. Debido a la naturaleza revolucionaria de su filosofía y al estilo típicamente aforístico y crítico de sus escritos, el trabajo de Wittgenstein —nos dice K. T. Fann— «invita y al mismo tiempo se resiste a nuestro denuedo por entenderlo claramente» (1978, p. 11)¹ —y con precisión, añadiría yo—.

La filosofía, para él, era una actividad que comprometía a toda su persona. Nos dice Georg H. von Wright que: «[s]e ha malinterpretado como vanidad la actitud de Wittgenstein, pero la verdad era que él estimaba que su pensamiento era tan original y diferente a todo lo que se había hecho con anterioridad en filosofía, que era como si escribiera para personas que “piensan diferente”, “respiraran un aire de vida diferente”, “como si fueran de otra cultura”» (1978, p. 13).

Evitaba la publicidad y se aislaba de cualquier contacto que él considerara como indeseable. Era enemigo de las poses y de la artificialidad, cosas que a él le parecía que abundaban en el medio académico

¹ La traducción de la cita, así como de las siguientes que corresponden al libro de K. T. Fann (1978), pertenecen al autor del artículo.

de las famosas universidades donde enseñó; incluso llegó al extremo de aconsejar y tratar de desanimar a muchos de sus alumnos a que concluyeran su carrera y se retiraran del estudio de la filosofía que él criticaba acerbamente como «estirada», «impostada», etcétera. Fuera del círculo de su familia y de sus amigos personales, muy poco se ha sabido de su vida y su carácter. Su inaccesibilidad contribuyó a la elaboración de absurdas leyendas acerca de su personalidad y manera de enseñar.

Wittgenstein nació en Viena en 1889. Su familia era de ascendencia judía. Sin embargo, uno de sus abuelos se convirtió al protestantismo y su madre abrazó el catolicismo romano. Ludwig fue bautizado en la Iglesia católica. Su padre fue un ingeniero, figura sobresaliente en la industria del hierro y del acero, donde acumuló una inmensa fortuna. Ambos padres eran muy musicales, por lo que su residencia se convirtió en uno de los centros más connotados del arte de la Viena del siglo XIX. Esto era parte del estilo de vida cultural y artístico de aquella época. La naturaleza fue muy generosa con todos los hijos (ocho en total, cinco varones y tres mujeres; Ludwig era «el benjamín» de la familia) (Monk, 1990).

No hay que olvidar, sin embargo, que tres de sus hermanos se suicidaron (cuyas circunstancias y aparentes motivos no he podido averiguar) y que Ludwig padecía una depresión y temor a la locura que lo persiguieron hasta el fin de sus días. En muchas de las cartas a sus amigos que se han conservado, Ludwig menciona su tristeza, su melancolía, sentimiento de soledad y temor a perder la razón. Pensó también en el suicidio, pero nunca llegó a hacer algún intento. Lo que alguna vez dijo es que lo llegaría a hacer, si es que por algún motivo llegara a perder su capacidad de pensar filosóficamente (esta idea lo aterraba) (1990).

Nunca tuvo tratamiento, aun cuando hay por ahí —suelta en la numerosa bibliografía sobre su persona y su trabajo— la afirmación que de joven habría tenido algún contacto terapéutico con el psicoanálisis (este dato no lo he podido confirmar). Una de sus hermanas sí tuvo sesiones de psicoanálisis con el fundador de este movimiento, Sigmund Freud (1990). No me atrevería a afirmar que Wittgenstein fue una personalidad

con rasgos esquizoides o paranoides (ni menos a hacer algún tipo de «diagnóstico» psiquiátrico), pero sí es verdad que de tiempo en tiempo le gustaba estar solo, trabajar escribiendo en sus cuadernos, como cuando residió en Noruega, en el campo, en una cabaña que se construyó él mismo (1990).

Sin embargo, mantuvo siempre un pequeño círculo de amigos, todos ellos salidos de las canteras de sus exalumnos y colegas, muy afectuosos y leales con él, con quienes mantuvo siempre un contacto, ya sea personalmente o por correspondencia. Muchas veces los invitó al campo a permanecer un tiempo juntos, haciendo caminatas, conversando y discutiendo... por supuesto que sobre filosofía (Monk, 1990).

Se ha hablado también de la homosexualidad de Wittgenstein. Todo lo que podría decir yo al respecto es que era una persona de sentimientos muy profundos y que todo lo que se ha hallado al respecto son unas cartas a uno de sus amigos más queridos (llamado David Pinsent), quien falleció tempranamente en el frente de la Primera Guerra Mundial. En estas cartas Wittgenstein habla de «su amor» por este amigo (1990). No recuerdo haber leído algo sobre parejas heterosexuales, pero sí se puede afirmar que no era un misógino.

Wittgenstein estudió con tutores, en su propia casa, hasta que cumplió los catorce años. Luego fue a la escuela por tres años, donde la física fue la materia que más lo atrajo. Luego estudiaría ingeniería como consecuencia de sus propios intereses y talentos y no por influencia de su padre. Escogió la ingeniería mecánica, lo que lo llevaría a la Universidad de Manchester, Inglaterra, donde se registró como estudiante-investigador en ingeniería. Durante tres años se dedicó a la investigación en aeronáutica, en la que se concentró en el diseño y construcción de un jet a reacción —*propeller*— para aviones (1990).

Primero fue la máquina misma la que absorbió su interés, pero luego se concentró en el problema matemático del asunto. Fue a partir de este momento que su interés comenzó a cambiar: primero a la matemática pura y luego a los fundamentos de la matemática. Así es como llegó a leer

el libro *Los principios de la matemática* del filósofo inglés Bertrand Russell, que había sido publicado en 1903. Este tratado afectó profundamente el desarrollo intelectual del joven Wittgenstein. El mismo que, a su vez, lo llevó a estudiar los trabajos de Gotlob Frege, representante, por entonces, del realismo filosófico alemán (Fann, 1978).

Así pues, «la nueva lógica», representada por Russell y Frege, se convirtió en la puerta de entrada de Wittgenstein a la filosofía. Decide abandonar sus estudios en ingeniería y, por consejos de Frege (a quien visitó en Alemania), se puso en contacto con Russell, probablemente en 1911, cuando tenía veintidós años. Permanece en Cambridge, Inglaterra, hasta comienzos de la Primera Guerra Mundial, es decir, por tres años hasta 1914. Además de filosofía, hizo algunos trabajos experimentales en psicología, por ejemplo, uno concerniente al ritmo de la música, con la esperanza de resolver algunos interrogantes sobre la estética. Wittgenstein era excepcionalmente musical (tendencia que influenciaría sobremedida sus ideas filosóficas años más tarde). Tocaba muy bien el clarinete, tanto que por un tiempo entretuvo seriamente la idea de estudiar música para convertirse en director de orquesta (Monk, 1990).

Nos cuenta Russell que en un comienzo no sabía si estaba frente a un genio o a un loco. Pero agrega que muy rápidamente se decidió por lo primero. Wittgenstein había ido a Cambridge a estudiar con él su *Principia matemática*. Hizo muy rápidos progresos en los estudios de lógica matemática y pronto «supo todo lo que yo tenía que enseñar» confiesa Russell (1978, p. 30). Russell refiere que no puede opinar sobre el desarrollo de las ideas de Wittgenstein después de 1919. Sin embargo, resalta nuevamente lo importante que fue para él su «contacto filosófico» con Wittgenstein, quien comenzó como su pupilo pero terminó suplantándolo, tanto en Oxford como en Cambridge. Russell menciona una anécdota curiosa y hasta graciosa:

Al final de su primer semestre en Cambridge se me acercó (Wittgenstein) y me dijo: «¿Podría usted por favor decirme si soy

un completo idiota, o no?» Le contesté: «Mi querido amigo, no lo sé, ¿por qué me hace esa pregunta?» Wittgenstein replicó: «Porque si soy un completo idiota, mejor me hago un aeronauta, pero, si no, devendré filósofo» (p. 31).

Russell, en 1938, le sugirió entonces escribir algo sobre un tema de filosofía durante las vacaciones y agregó: «Y entonces le diré si es Ud. un completo idiota o no» (p. 32). Al comienzo del siguiente semestre Wittgenstein le trajo un breve escrito. Y Russell le dijo, solo después de leer la primera frase: «No, usted no debe hacerse un aeronauta» (p. 32). Y así, tal vez, se selló su destino.

Russell cuenta otras anécdotas que hablan de la fuerte e impresionante personalidad de Wittgenstein, cuando tomaban largas caminatas por el campo discutiendo sobre filosofía. Termina diciendo cómo fue influenciado por las primeras ideas de Wittgenstein, aun cuando posteriormente se distanciaron en sus pensamientos (inclusive Wittgenstein terminó pidiéndole a Russell que retirara el prefacio que este había escrito para el *Tractatus lógico-philosophicus* (en adelante, *Tractatus*), a pesar de que ello había facilitado su primera publicación en alemán). Se vieron muy poco entonces, pero Russell termina su escrito diciendo: «Cuando lo conocí bien (a Wittgenstein) quedé tremendamente impresionado, puesto que tenía fuego y un intelecto penetrante y puro hasta un grado verdaderamente extraordinario» (p. 33).

Wittgenstein tenía la costumbre de escribir sus ideas en cuadernillos. Algunos de estos han sido preservados y publicados en el año 1961 con el título de *Notebooks 1914-1916*. Von Wright manifiesta haber sido impresionado principalmente por un escrito en 1916, en el cual Wittgenstein escribe sobre el yo (ego), la libertad de la voluntad y el significado de la vida y de la muerte (todo esto fue filtrado en su *Tractatus*) (1978). Se muestra también la tremenda impresión que Wittgenstein había recibido de sus lecturas de Schopenhauer.

Vino la Primera Guerra Mundial y Russell lo perdió de vista: Wittgenstein se había ofrecido como voluntario al ejército austro-húngaro

y fue a pelear al frente de batalla en un batallón de artillería. Al final de la conflagración, Russell recibió una carta de Wittgenstein desde Monte Casino, en Italia, donde se encontraba prisionero, pero en compañía de un manuscrito que devino luego en el *Tractatus* (el nombre le fue sugerido por G. E. Moore, uno de sus mejores amigos). Había estado escribiéndolo durante la guerra y lo completó durante una 'licencia' (*leave of absence*) en agosto de 1918, cuando Wittgenstein tenía veintinueve años. Mucho contribuyó Russell en su liberación y terminaron encontrándose en La Haya, Holanda, donde discutieron el *Tractatus* línea por línea. Sobre esto, Russell nos confiesa lo siguiente:

El conocer a Wittgenstein fue una de las más excitantes aventuras intelectuales de mi vida. En años posteriores se produjo una falta de simpatía intelectual entre nosotros, pero en los primeros años fui tan empeñoso en aprender de él, cuanto él de mí. Su pensamiento tenía un grado casi increíble de penetración intensamente pasional, por el cual mostré mi más sincera admiración (1978, p. 31).

El autor del *Tractatus* pensó que había resuelto todos los problemas de la filosofía y que, por tanto, podía abandonar estos estudios. La publicación del libro (de apenas 85 páginas en la edición en español) fue debida en gran parte a la influencia de Russell, porque el mismo Wittgenstein no mostraba mayor interés en hacerlo. El texto en alemán fue publicado en 1921, en lo que fue la última edición de los *Annalen der Naturphilosophie*. Al año siguiente fue publicado en Londres con una traducción al inglés en paralelo. Una nueva traducción recién fue publicada en 1961, casi 40 años después.

El periodo de la guerra (Primera) constituyó una crisis en la vida de Wittgenstein (cuando tenía veinticinco años). Una circunstancia de gran importancia fue ponerse en contacto con los escritos éticos y religiosos de León Tolstoi. Este ejerció una fuerte influencia en su visión de la vida y lo llevó también a leer las doctrinas religiosas cristianas —la revelación de Cristo y sus apóstoles—. Entonces, una gran simplicidad y una extrema

frugalidad devinieron en características de su vida. Tanto es así que, después de la guerra, Wittgenstein se dedicó a la enseñanza como profesor de colegio, para lo cual entre 1919 y 1920 fue entrenado en un *college* para profesores de escuelas elementales en Viena. De 1920 a 1926 enseñó en varios villorrios remotos en Austria. Esto le sirvió para llevar la vida simple y reclusa que deseaba. Pero esto no fue óbice para que tuviera algunas fricciones con la gente del pueblo. Wittgenstein terminó abdicando del puesto y no volvió a enseñar en colegios (Monk, 1990).

También trabajó como asistente de jardinería en un monasterio de Hütteldorf, cerca de Viena. Su trabajo para con ellos terminó pronto (había solicitado ingresar al monasterio, pero su pedido fue denegado). En el otoño de 1926 (a los treinta y siete años) aceptó una labor que mantuvo ocupados su tiempo y su genio por dos años. Construyó una mansión en Viena para una de sus hermanas. Lo comenzó con un amigo arquitecto, pero pronto se dedicó él solo y por entero a este trabajo. El estilo lo delataba: estaba libre de toda decoración y marcado por una severa exactitud en medida y proporción. Su belleza era, de la misma forma que la de sus escritos del *Tractatus*, simple y estática (1990).

Durante sus años como profesor de escuela y arquitecto, Wittgenstein no cortó contacto con la filosofía completamente, pues lo mantuvo fundamentalmente a través del intercambio personal y por escrito con sus amigos y exdiscípulos. A través de estos conoció a Moritz Schlick, quien fue el fundador y líder del Círculo de Viena. La influencia de Wittgenstein sobre este movimiento filosófico se dio, en parte, a través de esta amistad que duró muchos años (1990).

En el año 1929, Wittgenstein se encontrará de vuelta en Cambridge. Lo que dijo respecto a su «retorno» a la filosofía —del «oficial», porque en verdad nunca la dejó— era que sentía nuevamente que podía seguir haciendo un «trabajo creativo». Se rumorea que lo que le dio el último impulso en esta empresa fue el haber escuchado una conferencia de L. E. J. Brouwer, en marzo de 1928, sobre los fundamentos de las matemáticas. Para desconcierto de muchos, fue registrado como

estudiante-investigador en la universidad, ya que aún debía trabajar para obtener su Ph. D. Le fue reconocida su estadía previa a la Primera Guerra Mundial y presentó el *Tractatus*, publicado ocho años antes, como tesis. Obtuvo su grado en junio de 1929 (tuvo como jurados a Russell y a Moore) y al año siguiente, 1930, fue nombrado *fellow* en el Trinity College (Fann, 1978).

Nos manifiesta Von Wright que la producción de Wittgenstein durante los años 1929 a 1932 fue enorme (1978). Dos volúmenes fueron finalmente tipografiados: *Philosophische Bemerkungen* (volumen traducido al castellano como *Observaciones* o *Comentarios filosóficos*) y *Philosophische Betrachtungen* (que en castellano podría ser traducido con los nombres de *Contemplaciones*, *Meditaciones*, *Consideraciones* o *Reflexiones filosóficas*). También escribió *Philosophische Grammatik* (que ha sido publicado en castellano como *Gramática filosófica*). Fueron trabajos virtualmente completos, pero Wittgenstein no los publicó. Sobre el primero, Russell se expresó muy encomiásticamente e hizo que el propósito de las autoridades universitarias de otorgar una subvención económica a su autor se concretara. Lo que Russell dijo fue que Wittgenstein «debiera de tener la oportunidad de continuar sus trabajos, porque cuando ellos se completen de seguro se constituirán en una nueva filosofía» (1978, n. 22).

Efectivamente, estos trabajos pueden considerarse como una transición entre el *Tractatus* y las *Investigaciones filosóficas* (en adelante, *Investigaciones*), que vendría después (y que tampoco publicó en vida). Von Wright nos dice que será un tema de futuro debate hasta qué punto hay una continuidad entre el ‘temprano’ (*early*) Wittgenstein del *Tractatus* y el ‘posterior’ o ‘tardío’ (*later*) Wittgenstein de las *Investigaciones*. Los escritos de 1929 a 1932 testifican un continuo desarrollo a partir del primer trabajo hacia el segundo. El así llamado *Libro azul* (por el color de la tapa) da la impresión de una primera versión —algo todavía grosera— de una radical y nueva filosofía. El *Libro marrón* (llamado así también por el color de la tapa) que viene después, puede ser considerado una versión preliminar de las *Investigaciones*. Wittgenstein quería que este,

su nuevo trabajo (que comprendía dos tomos), fuera publicado junto con el de su juventud, porque consideraba que las *Investigaciones* nacieron y crecieron, en gran parte, a partir del *Tractatus*. Pero, como dijimos anteriormente, no hizo el menor esfuerzo por publicarlas (lo cual solo sucedió dos años después de su muerte —una versión paralela en alemán e inglés—) (Monk, 1990).

Desde 1929 hasta su muerte, Wittgenstein vivió —con algunas interrupciones— en Inglaterra. Adquirió la ciudadanía británica, aunque no fue muy entusiasta del modo de vida en la isla y le desagradaba la atmósfera académica de Cambridge. Cuando su *fellowship* en el Trinity College terminó en 1935 (lo ejerció cinco años), entretuvo planes para irse a vivir a la Unión Soviética. Inclusive empezó a estudiar el idioma, fue de visita en compañía de un amigo y aparentemente le gustó el país, pero el endurecimiento de las condiciones políticas de los años treinta lo hizo cambiar de idea. Así es que permaneció en Cambridge hasta el final del periodo académico 1935-1936. Luego, vivió cerca de un año en su choza en Noruega, donde comenzó a escribir las *Investigaciones*. En 1937 regresó a Cambridge, donde dos años más tarde sucedería a Moore en The Chair in Philosophy (tenía por entonces ya cincuenta años) (Monk, 1990).

Desde comienzos de la década de 1930, Wittgenstein dictó clases en Cambridge. Estas podrían ser llamadas *antiacadémicas*: casi siempre las dictaba en su propio cuarto; otras veces en las de un amigo y colega; nunca usaba notas, aunque siempre reflexionaba antes de las clases. Durante estas, daba la impresión de una gran concentración. Su exposición usualmente conducía a una pregunta, a la cual la audiencia, se suponía, debía sugerir una respuesta. Esta, a su vez, se convertía en punto de partida para nuevos pensamientos que, de nuevo, terminaban en otra pregunta. En gran medida, dependía de la audiencia que la discusión (a lo cual Wittgenstein otorgaba una gran importancia) fuera fructífera y que se tejiera un hilo de pensamiento de principio a fin de la clase y entre una clase y la siguiente (Monk, 1990).

Dictaba dos clases por semana, de dos horas de duración cada una. A veces era el propio Wittgenstein quien exclamaba, desilusionado, que todo había sido una pérdida de tiempo o que él se encontraba improductivo ese día. Muchos, dentro de su audiencia, eran profesionales altamente calificados, no solo en filosofía sino en otras ramas del saber (Piero Sraffa era economista, lo mismo que el famoso J. M. Keynes; G. H. Hardy era matemático; W. E. Johnson, lógico, etcétera) (Monk, 1990).

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Wittgenstein, al igual que en la Primera, no quiso quedarse observando todo desde una torre de cristal. Es así que, en pleno conflicto, lo encontramos sirviendo de portero en el Guy's Hospital en Londres. Luego trabajaría en un laboratorio médico en Newcastle. Aquí debemos acotar que, alguna vez durante los años treinta, consideró seriamente dejar la filosofía y dedicarse a estudiar medicina. No debe constituir una sorpresa que el genio inquieto de Wittgenstein nunca se sintiera satisfecho, ni menos feliz, con la vida académica. Es así que, en 1947 (a los cincuenta y ocho años), dictaría sus últimas clases en Cambridge y dejaría de ser profesor al final de ese año (Monk, 1990).

Quiso dedicar el resto de sus esfuerzos a su investigación y, como muchas veces anteriormente en su vida, se retiró a vivir aisladamente. En el invierno de 1948, fue a parar a una hacienda en los campos de Irlanda. Luego, se estableció en una choza cerca al mar, en Galway, en la costa oeste de Irlanda, donde sus más cercanos vecinos eran pescadores. Su vida allí, sin embargo, probó ser muy estresante y, en el otoño de 1948, se mudó a un hotel en Dublín. A partir de entonces hasta la primavera de 1949, fue un periodo de excelente trabajo. Fue allí que completó la segunda parte de sus *Investigaciones*. Wittgenstein tenía ya sesenta años (Monk, 1990).

En el prefacio a las *Investigaciones*, Wittgenstein nos dice: «Este es el precipitado de las investigaciones filosóficas que me han tenido ocupado por los últimos 16 años» (1958, citado por Paul, 1978, p. 125); es decir, desde 1929, el año de su retorno formal a la filosofía en Cambridge. George A. Paul nos dice que en estos escritos Wittgenstein defiende el sentido común y el uso ordinario del lenguaje. Wittgenstein declara que:

«Lo que hacemos en filosofía es traer de vuelta las palabras de su uso metafórico a su uso de todos los días» (1978, p. 125). Wittgenstein mantenía que las interpretaciones equivocadas de los metafísicos no son «prejuicios estúpidos», sino confusiones que llevan a «inquietudes muy profundas» y serias, que no hay que menospreciar.

Douglas Gasking y A. C. «Camo» Jackson mencionan que para filosofar, Wittgenstein hacía las siguientes recomendaciones: «No trates de ser inteligente, di lo que se te ocurra, ya después puedes dejar entrar la inteligencia al cuarto» (1978, p. 53) y «Debes decir lo que verdaderamente piensas, como si nadie—inclusive tú mismo— pudiera escucharte [*overhear it*]» (p. 53). Wittgenstein sentía que la vida de un filósofo era muy estresante, algo muy metódico, que no debía ser tomado a la ligera, sino de manera juiciosa y con sumo cuidado. Le tenía horror a la superficialidad y lo pretencioso, a las opiniones filosóficas a las que se llegara por cualquier proceso que no fuera un sentido esfuerzo personal por alcanzar alguna certidumbre. Estaba en contra de las modas y de la copia de los grandes filósofos. En este sentido, hablaba de Freud con mucho respeto, a quien se refería como «un gran hombre», pero no tenía la misma opinión de la mayoría de sus seguidores. Se sabía, según Gasking y Jackson, que Wittgenstein tenía antipatía por aquellos cuya conversación «no venía ni del corazón, ni de la cabeza» (p. 54).

Wittgenstein sostenía que ninguna respuesta a una pregunta filosófica era buena a menos que la persona que la formulaba la necesitara. Esto me hace recordar lo que he dicho en más de una oportunidad sobre el psicoanálisis: es importante no solo la motivación del paciente sino también su necesidad de pasar por un tratamiento de tal tipo. Hay que agregar a esto que Wittgenstein «esperaba mostrar que uno tenía confusiones que nunca había pensado pudiera tenerlas» (p. 53). Aquí también tengo la corazonada de que algo parecido hacemos en el psicoanálisis.

En mi trabajo titulado «Wittgenstein y el psicoanálisis» (leído en el XI Congreso Peruano de Psicoanálisis en octubre de 2009) hablo sobre Erich Heller (1978), quien nos comunica que del *Tractatus* se ha dicho

que es un texto ambiguo, pues oscila entre lo puramente científico y lo místico. Wittgenstein pensó —en esa época— que por intermedio de lo primero era posible obtener «la claridad final» o definitiva y que esto daba lugar a una filosofía que ponía punto final a toda filosofía. Razonaba que toda pregunta debe tener su respuesta, porque, si no, no sería una pregunta. Había construido un sistema de la mayor sutileza lógica que daba lugar a una sorprendente y muy simple solución: «el enigma no existe»... Afirmó Heller que el *Tractatus* «abolió» la filosofía al negar toda pregunta sobre ética y estética y, a la intuición transcendental, el estatus de pregunta, con lo que dejaba solamente aquellas preguntas cuyas respuestas caían en el campo de la ciencia. No obstante, afirmó que no tendría mucha consecuencia que algún día la ciencia pudiera responder todas nuestras preguntas, porque quedarían siempre sin responder las que corresponden a nuestra vida, a nuestro vivir. Y a esto Wittgenstein lo denominó *lo indecible*, aquello sobre lo cual uno «debe permanecer en silencio». Este es el dominio de la mística. La filosofía, al final, significa lo indecible, mostrando claramente solo lo que se puede decir. Wittgenstein hizo aquí un distingo entre *lo que se puede decir* y *lo que solo se puede mostrar*: «Mostramos lo indecible exponiendo claramente lo que se puede decir», señalaba. Para Maurice O'Connor Drury nadie tenía esa capacidad de despertar en el otro ese maravillarse instintivo del cual parte toda gran filosofía.

Establecía yo también en ese trabajo que:

[...] aquí podemos señalar un primer contacto entre la filosofía de Wittgenstein y lo que podríamos denominar «la filosofía» del psicoanálisis (i. e.) la capacidad de asombrarse, de maravillarse frente a lo desconocido (lo que en psicoanálisis se concibe como lo inconsciente). Además, si examinamos detenidamente la frase dicha más arriba («Mostramos lo indecible exponiendo claramente lo que se puede decir») veremos que detrás de su aparente contradicción se sugiere una gran verdad: que como «rebote» o contraste, aclarando lo aclarable iluminamos lo aparentemente inaclorable. En términos psicoanalíticos se podría decir que aclarando el contenido manifiesto

de un sueño o de las asociaciones libres del paciente, iluminamos las ideas latentes. Y esto lo han afirmado muchos psicoanalistas (Crisanto, 2009, p. 173).

En las *Investigaciones* se trata de comprender las funciones y estructura de nuestro lenguaje y entender ‘las palabras tales como son’ (*the words as they are*). Lo que dice Wittgenstein es que no todo lo que aparece como superficial lo es y que no tiene sentido profundizar generalizando o pensando que es «otra cosa». El describir lo que tenemos por delante es tanto o más importante que el buscar explicaciones (*dictum* que debiéramos tener muy presente todos los psicoanalistas, porque a veces somos muy dados a buscar interpretaciones). No se trata de «analizar» estas visiones, ni de escarbar en ellas. Lo que tenemos que ver son las circunstancias que rodean su uso y la extensión con la que esto se hace, su relación con otras expresiones, etcétera. Entonces algo nos saltará a la cara, nos llamará la atención y a ese punto nos dirigiremos. No es tanto que no sepamos dónde estamos, ni frente a qué, sino «adónde vamos ahora». Según Wittgenstein, esto último es el verdadero problema de la filosofía. Aquí yo me atrevería a establecer un parangón con el psicoanálisis, sobre todo si consideramos a este como una investigación y no solo como un modo de aplicar alguna teoría.

Lo que nos parece incomprendible a primera vista nos parece tal porque lo tenemos demasiado cerca, «en nuestras narices», como se suele decir. Al fondo del asunto se llega espontáneamente, es decir, a la comprensión de lo que sucede. Wittgenstein afirma que no hay método en filosofía; no lo hay para inventar casos, ni para hacer con ellos algún arreglo especial, ni menos para ser sorprendidos por un hecho antes que por otro. Aquí quisiera resaltar algo a lo cual, al parecer, no se le asigna mayor importancia, a juzgar por lo poco que se le menciona, y es la idea de libertad. Y aquí nuevamente nos ponemos codo a codo con el psicoanálisis, para el cual el concepto de libertad es algo fundamental. Como digo en mi artículo «Wittgenstein y el psicoanálisis»:

[Para comprender un caso o un hecho] [...] hay que dejarse llevar simplemente por nuestra sensibilidad, intuición e inteligencia [lo que en lenguaje común llamamos *corazonada*]. Y también dejarse llevar por la infinidad/infinidad de posibilidades —en este caso de respuestas— que estén en conexión con las circunstancias, con el contexto en el cual se da un/el hecho o se expresa algo (2009, pp. 180-181).

Aquí encuentro un punto de contacto entre este «análisis filosófico» y el psicoanálisis. Esta misma actitud es la que debe observar el psicoanalista frente al contexto en el que está envuelto —en la situación analítica— junto a/con su paciente —dispuesto a observar detenidamente y con paciencia— sin angustias prejuiciosas —todo lo que se da en la situación presente—. Solo así estará el psicoanalista capacitado para llegar a una conclusión más o menos aceptable, con ciertos visos de certidumbre, en la opinión que se pueda formar de lo que está sucediendo en ese momento.

La palabra *análisis* la introduce Wittgenstein en sus *Investigaciones*, pero su significado no tiene nada que ver con el que se le asigna en el psicoanálisis. En este es una «construcción metapsicológica» que busca dar significado a las estructuras y producciones inconscientes. En cambio, en la filosofía wittgensteiniana —como él mismo lo dijo— consiste más bien en un «beneficioso trabajo destructivo» al traerse abajo los castillos de naipes contruidos erróneamente sobre el terreno del lenguaje. Declara también Wittgenstein que su investigación es gramatical y que lo que hace es traer las palabras de vuelta de su uso metafísico a su uso corriente, «de todos los días». Agregaba que la filosofía no tiene que ver con los hechos del mundo, sino más bien con su forma de expresión. Según Morris Lazerowitz, para Wittgenstein un problema filosófico era «una suerte de enredo, el síntoma lingüístico de un calambre mental» (1978, p. 145).

Habría que hacer la salvedad de que Wittgenstein no necesariamente pensaba que todos los problemas filosóficos se derivan solamente del lenguaje ordinario. El lenguaje especializado de cualquier materia puede dar lugar también a problemas filosóficos, por ejemplo, las matemáticas. En estos casos, traer las palabras a su «uso corriente» es traerlas de vuelta

a su uso real en ese particular lenguaje especializado. De acuerdo con Wittgenstein, una de las tareas de la filosofía —quizá su única tarea— es traer a la luz modos de verificación apropiados a las diferentes clases de proposiciones. Una de sus principales preocupaciones, quizá la central, era el tener claro —o aclarar, de ser ese el caso— la naturaleza de la filosofía.

Oets Kolk Bouwsma, analizando el así llamado *Libro azul* (que junto con el *Libro marrón* que viene después son considerados como los antecesores de las *Investigaciones*), nos dice que Wittgenstein quería enseñar a sus alumnos el arte de filosofar. Obviamente los estudiantes debían ejercitarse ellos mismos y practicar este arte (una suerte de «ahora háganlo ustedes»). Está demás decir que ha sido descrito en una variedad de formas, pero según este autor sus componentes serían los siguientes:

Primero: cómo atacar las preguntas que hace la filosofía.

Segundo: es el arte de ‘desentrañar significados’ (*disentangling meanings*). Es más aún: quiere enseñar cómo los significados se entrampan y consecuentemente cómo pueden ser ellos ‘desentrapados’ (*disentangled*).

Tercero: es un arte de curación. Es una terapia intelectual; es el arte de encontrar el camino cuando uno está perdido.

Cuarto: es el arte de ‘deshacerse’ (*riddance*), de liberarse, de remover las tentaciones (siendo la principal la de buscar y «caer» en la seguridad del «esto debe ser así»). Esta es también una de las recomendaciones que en psicoanálisis hacemos a nuestros estudiantes, sobre todo no «agarrarse de» la teoría.

Quinto: es el arte de la discusión (para mostrar diferencias y presentar significados). Sócrates, en sus discusiones, trataba de encontrar lo común; Wittgenstein, en cambio, lo que trata de encontrar —y mostrar, más que nada— son las diferencias, lo peculiar, lo particular.

Sexto: es el arte de la exposición (de analogías y motivos encubiertos).

Sétimo: es el arte de los ‘recordatorios’ (*helpful reminders*). Cuando uno es «arrastrado por» las palabras, uno debe hacer una pausa y «recordar» cómo es que estas están entretrejidas; entonces uno retomará su control.

Octavo: es el arte de «trabajar» las confusiones y perplejidades, no de manera forzada, sino —y haciendo una comparación con los rompecabezas— buscando pacientemente qué pieza se acopla naturalmente a la otra.

Noveno: es el arte de ‘examinar en detalle’ (*scrutinize*) la gramática de las palabras.

Décimo: es el arte de liberarnos de ilusiones de inteligibilidad, sentido, significado... allí donde no hay ninguno.

Onceavo: es el «arte del detective» (haciendo «investigaciones») investigando aquí el lenguaje.

Doceavo: es el arte de la clarificación, del alivio de las redes de la confusión, de la confusión gramatical (1978, p. 155).

Este autor nos habla también de *fases* o *momentos* en este arte de filosofar wittgensteiniano. Ellos son:

Primero: el presentador busca destacar, iluminar, agudizar ‘el sentido de’ (*the sense of*) lo extraño, lo excéntrico, en lo que se dice, afirma o manifiesta;

Segundo: se presenta el sentido de aquellas expresiones que exhiben la fuente o raíz de la extrañeza o excentricidad; y

Tercero: esta fase consiste en poner al descubierto la «analogía errónea» (la que hizo que uno tomara el camino equivocado o desviado).

Bouwsma enfatiza el hecho de que no se trata de fases que van a seguir un curso ordenado (como arriba está planteado), sino que son momentos que se dan conforme a las necesidades de la investigación (1978, p. 160).

El arte al cual se ha referido el autor se lleva a cabo a través de la discusión. Comúnmente hay alguien que ayuda y alguien que es ayudado, aunque entre varias personas el resultado es que unas ayudan a las otras,

sin mayor distinción. Lo extraño es visto cada vez más extraño. Las ideas entremezcladas crean una suerte de atmósfera «neblinosa» y cuando por vía de la discusión las ideas caen aparte, la neblina se esfuma, haciéndose la claridad. No hay manera de aprender este arte sino practicándolo. En parte, se aprende observando lo que profesor hace, como en las demás artes. Pero, en este caso particular había una dificultad sobregregada y esta era que los alumnos no tenían idea de qué arte se trataba —ni menos de cómo se practicaba—.

El arte de Wittgenstein era un arte del lenguaje y cualquiera que lea este libro (nos dice el autor) podrá ver con qué diligencia y paciencia trataba Wittgenstein de que sus alumnos lo entendieran. Esto, a pesar de que otros que han sido también testigos de sus enseñanzas, han señalado las veces en que Wittgenstein perdía la paciencia y exclamaba, por ejemplo, que ese día estaba improductivo, torpe y no se le ocurría nada. Entonces, pedía a alguno de los presentes que hiciera alguna pregunta para movilizar nuevamente la discusión. Wittgenstein tenía intervenciones que podían sacar de quicio a cualquiera. Hacía preguntas tales como: «¿Cómo puede uno pensar cuál no es el caso?», «¿cómo puede uno colgar a un ladrón que no existe?» y «¿puede una máquina tener dolor de muelas?» (Fann, 1978). El punto aquí era que lo grotesco o extraño de las frases podían ayudar a aclarar otras frases también difíciles de comprender que, en ese momento, eran motivo de discusión. Tenían por finalidad remarcar la confusión gramatical.

El autor mantiene que Wittgenstein trataba de agudizar los ojos y oídos de sus estudiantes en la búsqueda del sentido (p. 166) y remarcaba también que la presentación de un caso (una frase con sentido) no es algo nítidamente definido (p. 170). Esto encaja con la idea de que las posibilidades de significado son infinitas, lo cual es un concepto caro para el psicoanálisis, especialmente hoy en día cuando se debate acaloradamente sobre la propiedad o impropiedad de la existencia de diversas ideologías e interpretaciones, tanto sobre la patología psicológica cuanto sobre su manejo con el instrumento psicoanalítico.

Nos cuenta Leonard Linsky que Wittgenstein concebía al lenguaje como un instrumento, como una herramienta y que esto estaba en completa oposición a su visión primera establecida en el *Tractatus*; entonces mantenía que el lenguaje era como un cuadro o espejo de la realidad (1978). Mucho de las *Investigaciones* está dedicado a reemplazar una visión por la otra. En estas el criterio de aplicación de un concepto se da por el contexto en el que ocurre (*contexto*: palabra que para Wittgenstein incluía no solo las circunstancias actuales sino también la cultura, inclusive la tradición, a todo lo cual llamaba «formas de vida»). Wittgenstein llega al extremo de sostener que si el contexto no existe, tampoco existirá el concepto. Y esto se da inclusive con lo que nosotros llamamos nuestro «mundo» interno. Si vamos a hablar de este último tendremos que tener en cuenta que sus manifestaciones serán externas y que la existencia de estas serán el criterio para aceptarlo o no.

Esto aparentemente es bastante contradictorio, pero es una llamada de atención para nosotros, los psicoanalistas, de no tomar como un hecho lo que es pura especulación o conjetura. Se tiende a cometer esta confusión/error y al final no sabemos de lo que estamos hablando. A lo largo de mi práctica como psicoanalista he sido testigo de cómo, por ejemplo, la interpretación de un sueño —su significado— llega a constituirse en un hecho por la mera voluntad del psicoanalista.

Albert W. Levi en un artículo denominado «Wittgenstein como dialéctico» nos dice que este no negaba los problemas de la filosofía, ni menos aún su existencia (1978). Lo que él cuestionaba, primero en el *Tractatus* y luego en las *Investigaciones*, era el método, la forma cómo habían sido formulados, cómo habían sido planteados. En el *Tractatus* pensaba que el desconocimiento o mala interpretación de la lógica del lenguaje era lo que constituía la dificultad para resolverlos. En las *Investigaciones* resta importancia a este planteamiento y lo reemplaza por otro: en este caso por el problema del entender en qué consiste el lenguaje, cuál es su naturaleza y su significado.

En las *Investigaciones* plantea que el significado del lenguaje está dado por su uso, en lo que él denominó *juegos del lenguaje*; juegos que comprendían/tenían que ver con el contexto en el cual se daba la expresión del lenguaje; con el medio, la cultura y 'el terreno del' (*the grounds of*) lenguaje. Wittgenstein pensaba que el problema con la filosofía, con el modo cómo había sido planteado, tenía que ver con un falseamiento, con una mala comprensión del lenguaje, todo lo cual llevaba a una confusión que «embujando» a la inteligencia, al entendimiento, enredaba más las cosas, antes que aclararlas. Su misión, por tanto, era el deshacer este enredo, el echar abajo todo lo que se había mal construido y rescatar el lenguaje de todas estas distorsiones o deformaciones y llevarlo a su natural, que era la claridad de su uso en los juegos del lenguaje diario, ordinario «de todos los días». Existen muchas anécdotas contadas por sus discípulos, amigos y colegas que materializan lo dicho anteriormente. Algunos son sorprendentes y hasta chocantes (como lo sentían algunos). Por ejemplo, el afirmar que lo que decía una asistente en una sala de hospital tenía más sentido que lo que decían muchos filósofos. Por eso también mantenía que lo que era posible decir, podía decirse claramente. No se trataba de que la persona tuviera que hacer el esfuerzo de ser claro; no. Era suficiente que algo pudiera ser puesto en palabras para que lograra ser entendido perfectamente. Se trataba de un mecanismo natural. Por eso había que «destruir», «disolver» los malentendidos.

UN CASO CLÍNICO

Me encuentro ahora pensando acerca de la multiplicidad de enfoques teóricos en el psicoanálisis y en su posible explicación. Estas teorías son, en el fondo, interpretaciones de lo que en psicoanálisis denominamos *la realidad psíquica* o *interna* (como le llaman algunos): interpretaciones organizadas, sistematizadas y presentadas como un todo comprensivo de lo que sucede tanto allí «afuera», en el encuentro clínico con el analizado, como en la mente del analista que elabora un intento de comprensión

de la experiencia. A lo primero se le conoce como ‘la teoría clínica’ (*experience-near theory*) y a la segunda la *teoría-teoría*, que, en buena cuenta, es la clásica —o moderna— metapsicología. Creo que se sobreentiende que la primera viene, en último término, a ser también una elaboración del analista, pero en un intento de entender lo que sucede en el así llamado «aquí y ahora» del «encuentro» entre paciente y analista (se trata de elaborar sobre lo puramente «experiencial»).

Debo adelantar y aclarar mi posición (pues las hay variadas —y si de tomar lados se trata) personal: estoy por «la multiplicidad de enfoques», de que se hayan dado tantos y tan variados y que hayan suscitado tanta curiosidad como interés. Pero tenemos el deber de entender por qué se ha dado este fenómeno (además, ¿podría haber sido de otro modo?). Muchas razones se han ofrecido, tales como la influencia de las épocas culturales, la aparición de nuevas patologías, la ampliación del interés del psicoanálisis en su comprensión y tratamiento, etcétera.

Desde el punto de vista de este trabajo podríamos intentar la explicación de que se trata de diferentes aspectos de un mismo problema o que son una descripción de teorías aparentemente disímiles, muy particulares, cada una con una característica muy propia, pero que todas giran alrededor de un eje que las une en el fondo. ¿Es una cuestión puramente de lenguaje?, ¿del modo cómo se utiliza este en cada caso en particular? ¿Cómo así se sostiene —en nuestra literatura psicoanalítica y fuera de esta— que se obtienen buenos resultados aplicando métodos y teorías aparentemente tan disímiles e, inclusive, contrapuestos? Lógicamente podríamos preguntarnos si no estaremos haciendo uso o movilizándolo algún recurso común, involuntaria e inconscientemente, del cual seríamos ignorantes.

Pongo un ejemplo: recuerdo la presentación de un caso, en nuestra Sociedad de Psicoanálisis, en el cual no había dudas respecto a lo declarado por la presentadora, por ejemplo, que la paciente había mejorado notablemente después de varios años de análisis. Lo curioso era que ello se había logrado sin haberse tocado en lo más mínimo el problema edípico. Más curioso aún porque cuando una vez la paciente quiso hablar

de este problema, la analista no solamente lo evadió, sino que lo impidió. Sin embargo, repito, el caso evolucionó favorablemente (así lo declaraba la analista, la paciente y la familia y personas relacionadas con esta). Recuerdo que en mi intervención llamé la atención sobre este fenómeno, que inclusive me impulsó a hacer algunos cuestionamientos, tales como si el caso era que este problema edípico no era ya importante —como lo fue en su época— en los tratamientos psicoanalíticos de la actualidad.

Se creó un cierto desconcierto, pero la verdad es que mi cuestionamiento procedía —como lo pienso hasta el día de hoy—. ¿Qué podría haber sucedido? Parodiando a Wittgenstein, me imagino que muchas cosas podrían plantearse como posibilidades; entre ellas, por ejemplo, que el problema edípico se hubiera tocado sin, tanto la analista como la paciente, estar conscientes de ello; que en el caso particular de esta paciente ese problema no hubiera sido lo central, ni mucho menos; por tanto, hubiera sido innecesario y hasta inútil, abordarlo. Ejercitando la imaginación —cosa tan cara a Wittgenstein— barrunto que muchas cosas más podrían decirse, pero, volviéndolo a parodiar, diré que no tengo una respuesta con el suficiente grado de verosimilitud que ofrecer hasta el día de hoy.

Estilísticamente el *Tractatus* y las *Investigaciones* están en polos opuestos y este contraste sugiere una diferencia de estado de ánimo, de dos modos diferentes de proceder filosóficamente. Mientras el estilo del *Tractatus* es axiomático, asertivo, apodíctico, el de las *Investigaciones* es problemático, hipotético, suposicional e interrogativo (yo diría que en el psicoanálisis deberíamos seguir el ejemplo de Wittgenstein en su modo de pensar en las *Investigaciones* y no en el *Tractatus*).

Levi continúa diciendo que esto le parece enteramente apropiado para una empresa que concierne no con una aristotélica «afirmación de proposiciones dentro de un sistema», sino con una platónica «consideración de proposiciones dentro de una situación» (1978, p. 377). Mientras el primero tiene como finalidad el establecimiento de la Verdad, el segundo busca examinar los significados. Aristóteles (1004b), citado por Levi,

dice en un famoso pasaje de su *Metafísica* que «la dialéctica es meramente crítica», mientras que «la filosofía clama conocer». El autor asevera que esto encaja perfectamente con la distinción entre los dos trabajos de Wittgenstein: mientras las *Investigaciones* son meramente críticas, el *Tractatus* clama conocer (1978, p. 377).

Confiesa Wittgenstein que en las *Investigaciones* trató de hacer un todo coherente y compacto, pero que pronto se dio cuenta de que esto significaba forzar sus pensamientos de su inclinación natural, razón por la cual enfatizó que se trataba simplemente de la exposición de sus reflexiones que se cruzaban unas con otras y que lo más que pudo hacer fue «describir esquemas de paisajes tal como lo haría un viajante» (2001, IX; la traducción es mía). Es muy interesante y significativo que esta metáfora se asemeje tremendamente con la que Freud expuso para explicar la naturaleza y el propósito de lo que denominó las *asociaciones libres* (que son un punto crucial en el psicoanálisis). La naturaleza del lenguaje tiene que ver con «la argumentación conversacional», la controversia y, por tanto, la mejor manera de dar rienda suelta a esta característica es a través de la exposición y de la discusión. El examen dialéctico de las expresiones tiene que ver más con la comprensión que con la creencia. Y todo esto es lo que se muestra en las *Investigaciones*.

Durante los dos últimos años de su vida, Wittgenstein estuvo muy enfermo. En el otoño de 1949 se descubrió que sufría de cáncer. Sin embargo, fue de visita a Cambridge luego de una corta estadía en los Estados Unidos. No volvió a Irlanda y permaneció con amigos en Oxford y Cambridge. En el otoño de 1950 visitó Noruega en compañía de un amigo y entretuvo planes para quedarse allí a comienzos del año entrante. Así lo hizo y se quedó a vivir en la casa del médico que lo atendía. Durante parte de su enfermedad se le hizo imposible trabajar. Pero fue remarcable que durante sus dos últimos meses no estuviera confinado en cama y estuviera, más bien, de bastante buen ánimo. Asimismo, los dos últimos días escribió de lo mejor que podía producir su mente extraordinaria. Cuenta Drury (1978) que una noche, no mucho antes de su muerte,

Wittgenstein le dijo que nada le hubiera gustado más que poder decir de su propio trabajo lo que Johann Sebastian Bach había inscrito en la primera página de su libro *El pequeño órgano*: «A la gloria de Dios y que mi vecino se beneficie de ello». Murió diciéndole a su médico que su vida «había sido muy feliz» (1978, p. 71; la traducción es mía).

BIBLIOGRAFÍA

- Bouwsma, Oets Kolk (1978). The Blue Book. En K. T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy* (pp. 148-170). Londres: Harvester Press.
- Crisanto, Carlos A. (2009). Ludwig Wittgenstein y el psicoanálisis. *Revista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis*, 7, 171-182.
- Drury, Maurice O'Connor (1978). A Symposium: Assessments of the Man and the Philosopher. En K. T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy* (pp. 67-71). Londres: Harvester Press.
- Fann, K. T. (1978). *Preface*. En K. T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy* (pp. 11-12). Londres: Harvester Press.
- Gasking, Douglas A. T. & A. C. «Camo» Jackson (1978). Wittgenstein as a Teacher. En K. T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy* (pp. 49-55). Londres: Harvester Press.
- Lazerowitz, Morris (1978). Wittgenstein on the Nature of Philosophy. En K. T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy* (pp. 131-147). Londres: Harvester Press.
- Levi, Albert William (1978). Wittgenstein as Dialectician. En K. T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy* (pp. 366-379). Londres: Harvester Press.
- Linsky, Leonard (1978). Wittgenstein on Language and some Problems of Philosophy. En K. T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy* (pp. 171-180). Londres: Harvester Press.

- Monk, Ray (1990). *Ludwig Wittgenstein. The Duty of Genius*. Nueva York: Penguin Books.
- Paul, George A. (1978). Ludwig Wittgenstein. En K. T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy* (pp. 125-130). Londres: Harvester.
- Russell, Bertrand (1978). Ludwig Wittgenstein. From «Philosophers and Idiots». En K. T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy* (pp. 30-33). Londres: Harvester Press.
- Von Wright, Georg H. (1978). A Biographical Sketch. En K. T. Fann (ed.), *Ludwig Wittgenstein: The Man and his Philosophy* (pp. 13-29). Londres: Harvester Press.
- Wittgenstein, Ludwig (2001[1958]). *Philosophical Investigations*. Oxford: Blackwell.
- Wittgenstein, Ludwig (2007[1923]). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza.